

ALBERTO ROYO MEJÍA

San Benito y sus hijos

Un pueblo que hace historia

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2025

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2025
Manuel Uribe, 4
28033 Madrid
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-27861-2024
ISBN: 978-84-220-2373-9

Preimpresión: BAC
Impresión: Gráficas Afanias, Alcorcón (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Diseño de cubierta: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org)

ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i> , por el Card. Marcello Semeraro	9
<i>Introducción</i>	15
CAPÍTULO I. Los comienzos de la Europa cristiana ...	23
1. Todo comenzó en una cueva.....	23
2. San Gregorio Magno, gran monje y gran pastor .	38
3. Agustín, el evangelizador de Inglaterra	47
4. Tres monjes intrépidos por el norte de Europa...	54
5. San Bonifacio, el más grande apóstol de su tiempo.....	67
CAPÍTULO II. Protagonistas de la Europa medieval ...	77
1. De la corte de Carlomagno al monasterio.....	77
2. Las tortuosas relaciones entre el rey Guillermo II y Anselmo de Canterbury	86
3. Los quebraderos de cabeza de Gregorio VII.....	93
4. Monje, ermitaño y pontífice de ida y vuelta.....	101
5. Pedro Damián, vigoroso denunciador de los males de su época y gran contemplativo	107
6. La principal ocupación de los monjes en Cluny .	115
CAPÍTULO III. La difícil fundación del Císter	123
1. Los tres monjes rebelde	123
2. El fundador que se cansó de su fundación	130
3. La huella indeleble de Bernardo de Claraval.....	136
4. La polémica entre Pedro el Venerable y san Bernardo	143
CAPÍTULO IV. La sabiduría del corazón	153
1. Beda, llamado Venerable por sabiduría y santidad.....	153
2. Hildegarda de Bingen, doctora por mérito propio.	159

3. <i>Fides quaerens intellectum</i>	167
4. Dos grandes amigas en el monasterio de Hefta ..	177
5. El hombre más erudito de su tiempo: Jean Mabillon	184
CAPÍTULO V. En tiempos convulsos	193
1. Monjas puras como ángeles y soberbias como demonios	193
2. El abad Armand de Rancé, un fundador de mal recuerdo	205
3. Pío VII, monje y papa, enfrentado con Napoleón (I)	214
4. Un episodio doloroso como pocos en la historia (II)	222
5. Las aventuras del abad LeStrange para salvar el Císter	230
6. La última emperatriz de la cristiandad	240
7. Los monjes mártires de la persecución religiosa en España	249
8. Los benedictinos mártires de Corea del Norte ...	256
9. Martirizados por el islamismo radical	261
CAPÍTULO VI. Contemplativos en un mundo secularizado	269
1. Sacerdote secular y restaurador de la vida monástica	269
2. Itala Mela, del ateísmo a la santidad benedictina	275
3. Los hijos de san Benito y el movimiento litúrgico	280
4. El «ora et labora» de Romano Guardini	287
5. Un gran maestro de espiritualidad del siglo xx ..	295
6. Rafael Arnaiz, fascinado por el Absoluto	303
7. El enigma de Thomas Merton	310
8. El cardenal Basil Hume y la Iglesia de Inglaterra.	319
9. Una activista con corazón contemplativo	328
<i>Epílogo: «La santidad hace historia», por Lourdes Grosso García</i>	341
<i>Bibliografía</i>	345

PRESENTACIÓN

Escribo con gusto algunas palabras de presentación para este estudio del Mons. D. Alberto Royo Mejía, promotor de la fe en el Dicasterio de las Causas de los Santos. Lo hago como un gesto de aprecio por su trabajo, que me parece bastante poco común en su género, pero también como un gesto de mi agradecimiento personal a la familia benedictina, a la que estoy particularmente unido desde el día en que, al enterarme de mi llamada al ministerio episcopal, di mi consentimiento por escrito. Ese fue el 11 de julio de 1998, día en que en el calendario romano se celebra la fiesta de san Benito. El nombramiento se haría público el 25 de julio siguiente, y en esos días, en el silencio del «secreto pontificio» pero también en el calor del verano salentino, releí para mí las páginas dedicadas por la Regla al abad. Además, en mi Iglesia de origen, hay un monasterio femenino cuyos orígenes se remontan al comienzo del siglo XII y al cual estoy espiritualmente muy unido.

Recientemente, también tuve la alegría de ver publicada la edición crítica que he editado del texto *Preghiera, liturgia, lectio divina*, que reproduce el ciclo de conferencias que el padre Mariano Magrassi OSB, una figura de eminente espiritualidad, entonces monje benedictino de la abadía de Génova-Quarto y luego arzobispo de Bari, pronunció en 1970 en un Curso Monástico Benedictino de actualización litúrgica.

El trabajo del Mons. D. Alberto Royo Mejía me ofrece ahora (y no solo a mí) la oportunidad de adentrarme en muchos espacios de la vida benedictina que se han abierto a lo largo de los siglos hasta hoy: espacios de vida cenobítica y también de eminente santidad; territorios conocidos por la

historia, no solo de la Iglesia, sino también rincones desconocidos para la atención común. No oculto que algunas figuras, tanto masculinas como femeninas, me eran desconocidas hasta ahora. ¿Cómo definir, entonces, este trabajo? Mirando los valiosos volúmenes de la *Bibliotheca Sanctorum* ideada y curada por el inolvidable profesor lateranense Filippo Caraffa, podríamos hablar en nuestro caso de una antología benedictina que, a primera vista, permite captar, intuir y saborear un conjunto de figuras que, partiendo de la raíz de san Benito, se desarrolla en el tiempo como un árbol fructífero que se ramifica en el espacio.

Partiendo de san Benito, acabo de escribir. Benito, que para la Europa occidental es el primer (y también principal) patrono, como lo quiso san Pablo VI en 1964 y que es un punto de referencia para toda la civilización y cultura cristiana. Una hermosa provocación en tiempos de fluidez, en los que se presenta también con fuertes connotaciones antropológicas el dicho atribuido a Platón según el cual «todo se mueve y nada permanece». Mons. Royo Mejía cita al respecto las palabras pronunciadas por Benedicto XVI al concluir su discurso en la audiencia del 9 de abril de 2008: «El gran monje sigue siendo un verdadero maestro en cuya escuela podemos aprender el arte de vivir el humanismo verdadero». Palabras de enorme actualidad.

Las palabras de Benedicto XVI me remiten a las pronunciadas por san Pablo VI cuando, el 24 de octubre de 1964, llegó a Montecassino para dedicar la iglesia del monasterio, reconstruida después de la destrucción en la guerra. En su homilía, recordando el mensaje de san Benito, habló de la urgencia de recuperar lo humano, al hombre. ¿Qué reflexión podría ser más actual hoy en día? Evocando el *habitare secum* de Gregorio Magno, Pablo VI dijo:

Una vez, en los lejanos siglos, el hombre corría al silencio del claustro, como lo hizo Benito de Nursia, para encon-

trarse a sí mismo: pero entonces esta huida estaba motivada por la decadencia de la sociedad, por la depresión moral y cultural de un mundo que ya no ofrecía al espíritu posibilidades de conciencia, desarrollo y conversión; se necesitaba un refugio para encontrar seguridad, calma, estudio, oración, trabajo, amistad, confianza. Hoy no es la falta de convivencia social la que impulsa al mismo refugio, sino la exuberancia. La excitación, el ruido, la fiebre, la exterioridad, la multitud amenazan la interioridad del hombre; le falta el silencio con su palabra interior genuina, le falta el orden, le falta la oración, le falta la paz, le falta a sí mismo. Para recuperar el dominio y el goce espiritual de sí mismo, necesita asomarse de nuevo al claustro benedictino. Y recuperado el hombre para sí mismo en la disciplina monástica, es recuperado para la Iglesia¹.

Para absorber este mensaje, aquí deberíamos callar.

Lo verdadero y necesario para el hombre de hoy nos lo dicen también dos autores modernos, uno de los cuales es citado por Mons. Royo Mejía en las primeras páginas de su obra. Es Rod Dreher con su *The Benedictine option: a strategy for christians in a post-christian society*, publicado en 2017 y disponible también en traducción italiana. Aquí, Dreher habla de la «opción benedictina»; una estrategia que, inspirándose en la *Regla* de san Benito, indica cómo vivir como cristianos en un mundo que ya no lo es. El otro autor al que quiero mencionar aquí es italiano: Massimo Folador, profesor de ética empresarial y desarrollo sostenible en la Universidad LIUC, que ya en 2006 y luego en 2008 publicó dos valiosos estudios donde la espiritualidad benedictina se propone como regla de sabiduría para una «organización perfecta». Ambos autores vuelven a temas como la importancia del silencio y la escucha. Todo para resaltar la

¹ PABLO VI, *Homilía en la consagración de la iglesia de la abadía de Montecassino* (24-10-1964).

actualidad, no solo religiosa, del ideal benedictino: «¿Quién sabe —se pregunta Folador, refiriéndose a la *Regla* benedictina— si un viejo manual para el uso de un monasterio no contribuirá a hacer emerger una nueva forma de entendernos a nosotros mismos y nuestras empresas?». Después de todo, la historia cristiana también es, en última instancia, una maestra de vida. En una época de «presentismo», quién sabe si no debemos reconsiderar las antiguas palabras de Cicerón sobre la historia².

Este «humanismo», nos dice el autor de este volumen, es precisamente lo que a lo largo de la historia nos han transmitido san Benito y sus hijos e hijas. Nos transmitieron «una vida, su vida, la que los llevó a la plenitud como personas. No eran estrategias, sino testigos que comunicaban lo que habían vivido, y esa era su herencia, y ese es el valor que aún tienen hoy y seguirán teniendo, sea cual sea el tiempo». Me parece que esto puede considerarse el hilo conductor de estas páginas.

El desarrollo de las páginas de este libro, siempre bien informadas aunque sintéticas para el género de trabajo, ofrece nombres en su mayoría conocidos: hombres como Anselmo y Bernardo de Claraval, y mujeres como Gertrudis de Helfta y, sobre todo, Hildegarda de Bingen: mujeres que, como se anota, desarrollaron una obra espiritual, teológica y literaria muy destacada. También hay nombres de papas muy conocidos, como Gregorio Magno, Celestino V y Pío VII, todos evocadores de historias no solo eclesiásticas. Y luego, nombres de anticipadores y promotores de la reforma litúrgica, como Romano Guardini, Odo Casel y Alfredo Ildefonso Schuster; nombres de maestros de vida espiritual, como Columba Marmion y Thomas Merton; nombres más cercanos en el tiempo como Basil Hume. Y también el nombre de san Rafael Arnaiz Barón, considerado uno de los más grandes místicos del siglo xx a pesar de morir a los 27 años, propuesto tanto por Juan Pablo II como por Bene-

² CICERÓN, *De oratore*, II, 12.

dicto XVI como modelo para los jóvenes de nuestros tiempos; nombres de mártires, como los benedictinos de Corea del Norte y los trapenses de Tibhirine; y, aunque en contraluz, las monjas de Port-Royal, tan angelicales pero orgullosas como demonios.

Entre los nombres de los que se habla mucho en estos meses también está el de la Sierva de Dios Dorothy Day, recordada también por el papa Francisco cuando hizo mención de ella al hablar ante el Congreso de los Estados Unidos el 24 de septiembre de 2015, de lo cual escribió nuevamente en la presentación más reciente del volumen autobiográfico de Day titulado *Ho trovato Dio attraverso i suoi poveri*, publicado en 2023 por la LEV. El autor deja útiles indicaciones biográficas y hábiles índices de evaluación para todos ellos.

¿Qué decir, en conclusión, sino la frase bíblica que me venía a la memoria desde el principio de la lectura de estas páginas: «La descendencia de los justos será bendita»? (Sal 112,2). ¿De qué descendencia se trata? Ciertamente no de la carnal, explicaba Casiodoro, sino de la que, de generación en generación, se propaga a través de la imitación de las buenas obras³. Esto no solo es válido desde el punto de vista ético, si es verdad, como comentaba Clemente de Alejandría en su *Pedagogog*: «La verdadera riqueza está compuesta por la rectitud y el Logos que es más precioso que cualquier tesoro: es una riqueza que no se incrementa con rebaños y tierras, sino que es dada por Dios, es una riqueza que nadie puede llevarse, ya que su tesoro es solo el alma, es la posesión más valiosa para quien la posee y hace al hombre verdaderamente feliz»⁴. Esta es la descendencia de los justos, que es bendita.

CARD. MARCELLO SEMERARO

Prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos

³ CASIODORO, *Expos. in psal.*, CXI, 2: PL 70, 805.

⁴ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedagogus*, III, 6: PG 8, 208.